

General Alvarez de Castro

Por Pedro Juandó

Arcipreste de Perelada

En la coyuntura de la conmemoración del ciento cincuenta aniversario de los Sitos a que fué sometida la ciudad de Gerona por el Ejército francés en los años 1808-1809, juzgo ser cosa oportuna dedicar una sentida recordación desde el Ampurdán al invicto general Mariano Alvarez de Castro, defensor de la inmortal ciudad, héroe en el valor, en la constancia sin segundo, y excelente modelo no menos de religión hacia Dios, que de lealtad para con la Patria, como afirma Fr. Manuel Cúndaro.

Aunque el objetivo de esta mi crónica sea sólo exponer algunos datos de la trágica muerte de Alvarez de Castro en el castillo de San Fernando de la ciudad de Figueras, quiero mentar la astucia de los jefes franceses de los Pirineos orientales, que propalaron el bulo de que el general Alvarez les tenía vendida la plaza gerundense, con el depravado fin de que sus defensores desconfiaran de él. Para disipar esta negra calumnia, el general defensor de Gerona proclamó solemnemente su firme resolución de luchar hasta haber derramado la última gota de sangre y quedar sepultado entre las ruinas de la ciudad, si fuera preciso; mentar quiero también la magnanimidad de Alvarez que con el idioma elocuente de su ejemplo, aun más que con el de su voz, daba en todo momento nuevo estímulo no menos al valor de los defensores, que a su patriotismo; recordar es conveniente de la misma manera, como comenta Cúndaro, que Mariano Alvarez era de tesón inflexible, e incapaz de ceder un palmo de terreno al sitiador que no costase a éste arroyos de sangre antes de ocuparlo, y que no pudiese hacerlo sin antes tener que pisar los yertos cadáveres de sus defensores intrépidos.

El día 9 de diciembre de 1809, mientras continuaban con furor los ataques del enemigo contra la sitiada plaza gerundense, el general Alvarez, gravemente enfermo, con afectos de piedad y devoción que caracterizaban su espíritu verdaderamente católico, vestido con su uniforme, a petición propia le fué administrado el Santo Viático, recayendo el gobierno de la plaza sitiada en el general Julián de Bolívar. Poco después, por falta de víveres y municiones, y por la demora del Ejército español que debía socorrer y libertar la plaza, rindióse Gerona a los franceses. Preso en poder de sus enemigos el general Alvarez, diósele un tratamiento duro y cruel; lo que le pasó en el castillo de Figueras a Alvarez, no ha sido posible investigarlo de una manera clara; Federico Camp afirma que la tradición popular es de que la muerte de Alvarez de Castro fué violenta y precedida de inconfesable tormento; Satué, que fué su ayudante, admite que se perpetró un crimen horrible en la persona del general, lo mismo afirma mosén Bataller, cura ecónomo de Figueras, que cubrió el cuerpo desnudo y exánime del invicto defensor de Gerona, al acompañarle al cementerio y ver cómo era quitada la sábana que envolvía el cuerpo del héroe. Fr. Manuel Cúndaro afirma que, según orden de Napoleón, el defensor de Gerona, luego, después de la rendición, había de morir ahorcado en una de las plazas públicas de Gerona, pero los jefes franceses discurrieron y aplicaron una muerte menos indecorosa, aunque no menos injusta, quitándole la vida lentamente con veneno mezclado disimuladamente con la comida que le suministraban, y avisaron al emperador que no había sido posible aplicar la orden por él decretada, porque el general Alvarez había muerto antes en Figueras por causa de enfermedad.

En los anales de España, con letras de oro, ha merecido ser inscrito el nombre del general Mariano Alvarez de Castro.